



editorial**foc**

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en [www.editorialfoc.me](http://www.editorialfoc.me). Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en [info@editorialfoc.me](mailto:info@editorialfoc.me).

ISBN: 978-84-15634-24-9

Depósito Legal B-9021-2014

© Grecia Cáceres, 2014

© Editorial Foc S.L, 2014

Diseño de Cubierta: Ánuar Zuñiga Naime

Como una sombra se levantó del sillón la figura de la prima, solamente prima, la prima beata de grandes ojos verdes y sonrisa seria. Su voz era suave y cuando hablaba un ligero dejo del quechua le redondeaba las erres suavizando las eses, ahuecando las enes. Pero ella, como todo el mundo, jamás se detendría a pensar en su manera de hablar.

Se levantó entonces del sillón junto a la ventana taponeada de cortinajes oscuros y pesados, que daba a la calle. Para tener horizonte había que atravesar toda la casa hacia el río para, desde el huerto, contemplar las montañas verdes o pardas alzarse hasta el cielo. Con su lentitud habitual, Isabel atravesó los dos patios, el de las visitas que a veces tomaban el té bajo la enramada y más allá, el doméstico, con el corral, la despensa, el depósito de herramientas, los cuartos de los sirvientes, luego, el huerto, orgullo del padre de su padre, muerto hacía tanto. Los limoneros seguían allí, sus ramas se renovaron de estación en estación cuando ya el sembrador había desaparecido.

Esa tarde corría el río suave, la época de lluvias estaba aún lejos. Antaño, en verano, la prima solía a escondidas mojarse los pies en la orilla, hoy, el sólo quitarse los zapatos era demasiado esfuerzo. Y pensar que cuando era niña trepaba a los árboles para desde allí ver sin ser vista... Hoy todo es más fácil, poco a poco se aprende a obedecer sin pensar, sólo así la vida es más simple. Pero, a pesar de su rigor y disciplina, le quedaban restos de aquel tiempo, impulsos, deseos, ideas locas: «los niños», murmuró Isabel, «criaturas imperfectas»...

Oscurecía y todo un mundo despertaba de pronto. La gente de la casa comenzaba a agitarse, se acercaba la hora de la cena, había que reanimar el fuego, terminar la cocción, encender las luces, guardar los animales. Isabel, de repente, se vio rodeada de animación, voces, griterío de bestias y de gente que la herían como una luz muy fuerte sobre los ojos. Para calmar su vértigo, se vio obligada a sentarse en un costado apartado del primer patio y cerrar los ojos, cerrar los ojos como lo hacía para orar o durante su meditaciones cotidianas.

Tenía veinte años y el largo vestido negro le hacía parecer más alta, huérfana de madre, el único contacto de Isabel con las realidades que sobrepasaban las fronteras de la casa era la tía Francisca. Ella, la directora de lecturas, de conciencia, la mayor, el ama, la llave de su corazón, memoria y medida de su imaginación. Francisca, mujer sin marido, mujer que ha leído, que le hablaba de salvación y de vida retirada, pero con Dios. Francisca organizaba la reunión de las cuatro primas todos los jueves por la tarde y, una vez al mes, tenía un encuentro con Isabel, a solas. En ocasiones sólo se acompañaban en silencio y meditaban, en otras, comentaban pasajes de la historia sagrada y, de vez en cuando, ciertas historias de Recuay pero siempre a modo de lección o ejemplificación moral. De todas maneras, al final de la conversación, una cita de la Biblia lo santificaba todo mientras en la mente de Isabel se esclarecían los caminos del Bien y del Mal, divergentes y tan brillante uno como sombrío el otro.

Salir de la casa le parecía un cansancio inútil. Todo era lo mismo, viajar, perder el tiempo en tonterías, separarse de los objetos queridos, de los espacios conocidos; una pesadilla. La última vez fue para el matrimonio de la prima Carmen, la que casó con un joven de Pomabamba contra la voluntad de la familia.

Isabel recordaba muy bien aquel viaje, tenía 11 ó 12 años y viajaba sola con la madre. Era peligroso, había que atravesar la puna, Pomabamba quedaba en el fin del mundo. Recuay era un pueblo modesto (unos 1.000 habitantes según el censo de 1903), pero en comparación Pomabamba era un caserío, sin rutas de acceso, aislado, lejos de Huaráz, la capital del departamento y representaba para los recuayinos lo provinciano por excelencia, el borde de la civilización.

El viaje fue agotador, recorrieron los caminos estrechos a lomo de mula para evitar los precipicios y las quebradas. La madre, que empezaba un nuevo embarazo, lo soportó sin una queja. Isabel, de la expedición, sólo recordaba un cielo sin nubes y las aguas turquesas y lisas de la laguna de Llanganuco, luego, al llegar, la granizada en pleno rostro, el soroche y finalmente la reconfortante sensación de calor y consuelo que le procuró el mate de coca ya en casa. Ese fue el último viaje que hizo porque después, al morir la madre junto con el niño, se quedó sola en la casa y nada más pasó hasta el regreso a Recuay de la tía Francisca hacía casi dos años. De todos modos, era inútil pensar en viajar o salir de casa sin chaperona, sus tías nunca se ofrecieron a acompañarla, sus primas eran aún pequeñas y estaban todavía en el internado de Huaráz... En cuanto al padre, pasaba seis meses en la puna y los otros entre Recuay y Lima arreando su ganado. No le quedaba nadie.

La casa era toda para ella pero apenas sí se le sentía allí dentro, las mujeres se ocupaban de todo y ya ni le consultaban. Isabel pensaba que era mejor así, no tenía inclinación ni cariño por esa casa que, sin embargo, le envidiaba toda la parentela paterna codiciosa de la famosa casona familiar. Para ella era como una gran masa oscura y sólo sus fronteras la atraían, la puerta de la calle, prohibida (a pesar de permanecer abierta mientras hubiera luz) y atrás, la parte que colindaba con el río, entre los árboles del huerto.

Isabel se sabía extraña, no era común ese gusto por la soledad, sus primas, por ejemplo, no daban tregua, siempre estaban juntas, cuchicheando, riéndose agitadas. Tía Francisca era la única que, de una sola mirada, lograba tenerlas quietas y llevar sus mentes un poco más allá de los chismes del pueblo o de las historias de terror sobre muertos y aparecidos. Las tres dormían juntas en una gran habitación, la que ocupaban desde niñas y que recuperaron, a duras penas, de sus hermanos al regresar del internado. Compartir su habitación, soportar miradas, sin un lugar para sí, sin un refugio, dormir con alguien, la sola idea era insoportable para Isabel. Cada vez que pasaba frente a la puerta de la habitación, casi siempre cerrada, de su padre y veía de reojo la cama grande de madera oscura, desviaba de inmediato los ojos, presa del vértigo, como al borde del abismo. Cama de dos, cosa inmóvil esperando un sueño impuro, cómo reposar, cómo mirar al otro al despertar, aún sin peinar ni aseada, qué decir entonces. La madre era una mujer de piel muy pálida, de mirada fija y ausente que le parecieron siempre ser consecuencia de las malas noches, del sueño liviano, del sueño a merced de alguien que no le permitía liberar su cuerpo del cansancio.

La madre casi no le dejó recuerdos. Al nacer Isabel tuvo que ir al hospital de Huaráz para restablecerse pues quedó muy débil. Luego, la familia materna hizo lo que pudo por retenerla y el padre, en medio de sus viajes, no la reclamó. Regresó cuando, al morir el abuelo Pelagio, sus hermanos cerraron la casa familiar. Regresó como oveja al redil, sin expresar alegría ni fastidio, ella tenía ya tres años y sus hábitos egoístas de niña solitaria estaban instaurados. Desde entonces ningún cambio. A los siete años entró a la escuela, aprendió a leer y escribir, a los doce la abandonó, la muerte de la madre se lo permitió, con el pretexto del duelo pudo interrumpir esos fatigosos trayectos a pie que la obligaban a despertar de madrugada. El padre llegaba siempre de sorpresa, comía solo a horas desacostumbradas, hablaba poco. Su madre le servía con sus manos pero jamás comían juntos. Luego él se dirigía al salón de billar que quedaba al lado de la casa, observaba, escuchaba, fumaba, tomaba anís en copas minúsculas y antes de las

nueve de la noche regresaba a la casa apagada. En la oscuridad, se oían sus pasos acercándose a la habitación. La madre le esperaba. Luego, de nuevo el silencio. Sólo entonces la noche definitiva caía sobre la casa, tan tranquila, tan reposada que de ella era posible emerger nuevo y limpio, como un recién nacido y despertar a la primera señal de luz.

El padre, naturalmente, ya se había marchado. La madre llevaba siempre un libro en la mano. En el pueblo, todos la consideraban muy culta. Había leído a Víctor Hugo y se decía que tenía en su poder libros prohibidos, novelas frívolas, libertinas. Sin embargo, después de su muerte, no se encontró nada sospechoso. Después, la hija retomaría la costumbre de pasear siempre con un libro bajo el brazo, pero, en su caso, no cabían dudas, se trataba de un texto piadoso.

La noche cayó de pronto, era el comienzo del otoño y los días se acortaban. La oscuridad, como un repentino golpe de machete, no daba a veces el tiempo de encender todas las lámparas de la casa. Esta noche, Isabel tomaría sólo un caldillo de pollo bien caliente y un poco de mote, eran los días del periodo y tenía la cabeza pesada, como llena de agua.

Eran días fatigosos, de mal humor, de cansancio y siempre la pregunta, para qué todas esas molestias, la vaga sensación de vergüenza y culpa. Francisca, tía Francisca le repetía que era un proceso natural del cuerpo, que el cuerpo era obra de Dios y que, por lo tanto, no se le podía juzgar, que sería como dudar de la perfección de la creación y de sus designios. Pero el malestar era malestar. En el fondo, aquello era un castigo injusto para quien nunca se consideró hija de Eva sino más bien, de manera confusa, un ser aparte, naturaleza silenciosa e indiferente a ciertos pecados.

Isabel entró en su habitación oscura, avanzando con cuidado, candil en mano. Esta habitación siempre le pareció estrecha, prefería la del segundo patio que ocupó cuando niña, espaciosa y clara con vista al río pero, lamentablemente, demasiado cercana a las dependencias de los sirvientes. Un día, después de la muerte de la madre, vino una tía y la mudó en un dos por tres sin prevenirla siquiera. Al llegar de la escuela, el mal estaba consumado. Isabel dedicó más de un año a acostumbrarse al nuevo lugar, a los ángulos y sombras, a sus sonidos familiares, a la forma como el sol penetraba entre los cortinajes, a la rudeza de la nueva cama más grande que le cedieron aprovechando la mudanza. En este cuarto no había sitio para los libros. Los muebles lo ocupaban todo dándole el aspecto insólito de un trastero. Un alto armario de puertas amplias que temblaban enteras al abrirse se comía la mitad de la pieza. Dos mesas de noche

encerraban la cama y, al pie de la ventana que daba al pasaje entre los dos patios, un mueble entre escritorio y tocador que se terminaba justo a la altura del reborde de ésta. La parte superior de ese mueble, un espejo oval de marco tallado con dos portavelas a los lados, estaba en el cuarto de la madre. A Isabel le parecía monstruoso ese mueble mutilado que, además, bloqueaba su única ventana pero no protestó. De todas maneras, la habitación le servía sólo para dormir pues leía y recibía en el pequeño salón de la entrada, antesala del salón, a su parecer, el lugar más agradable y vacío de la casa.

¿Sucedió durante la fiesta aquella del matrimonio o fue antes? El recuerdo era brumoso, lejano, manido por la memoria o por el sueño. Isabel se sorprendía a veces envuelta en él, volviéndolo a soñar y entonces se ponía de pie de inmediato para espantarlo. Eran imaginaciones que consideraba malévolas, pensamientos que, cuando el espíritu se distrae, invaden el alma o, más bien, su lado oscuro: el universo de los deseos, los sueños, la imaginación.

Cuando el padre llegaba de viaje temprano, Isabel estaba autorizada a acompañarlo en sus quehaceres del día. Podía tratarse de una visita a los pastores más próximos al pueblo para ver cómo andaba el rebaño (los de la puna exigían una o dos jornadas de viaje) o, de repente, cobrar un arriendo atrasado, devolver alguna herramienta o bestia, ir a traer de Salinas papas tiernas o alfalfa o comprar tabaco o municiones a la tienda de los franceses en Ticapampa. Con el padre, las cosas se veían desde arriba, rápido y con viento sobre los ojos. Isabel, bien cubierta por un poncho de vicuña, leve como un velo, se mantenía caliente y todo el tiempo muy calladita, las cosas eran así con él, no necesitaban hablar. La madre no se espantaba como las otras señoras en la calle. Los miraba alejarse sin un gesto, plácida, como si no esperara, sin un consejo, sin una inflexión de duda en el adiós esbozado apenas en el movimiento de su cabeza.

La madre se levantaba o tarde o muy temprano. En las mañanas soleadas paseaba por el huerto y, cuando el tiempo era malo, leía o escribía en su cuarto, sumergiéndose en otros mundos, en ideas ajenas que la alejaban definitivamente de la vida del pueblo y de la de las otras señoras. Isabel no la veía hasta la hora del almuerzo, después, permanecían un rato juntas en el patio, cada una en lo suyo y, muy rara vez, recibían la visita de amigas o de la familia. Los lunes eran días de iglesia (reuniones a las que no siempre asistía), de vez en cuando, los fines de semana, visitaban a los abuelos paternos.

La casa de los abuelos estaba siempre llena de gente, chicos y grandes, conversando o jugando, mientras se armaban para el almuerzo las largas mesas interminables. Las voces distintas y simultáneas que llenaban la casa familiar se amalgamaban en un zumbido a veces tan agudo que ensordecía a la niña recién llegada hasta que, involucrada en el juego, perdía su propia voz entre las otras y olvidaba.

El día mismo de la boda, en la madrugada, llegaron madre e hija a Pomabamba junto con las mulas, dos cargadores y un guía. El aire era glacial y al ser bajada de la montura, Isabel sintió el mareo y las náuseas del soroche. Luego, al parecer, se dejó



llevar por alguien hasta una habitación oscura, abarrotada de cosas donde la acostaron casi a nivel del piso envuelta en varias frazadas de lana, y después de obligarse a beber un mate caliente, perdió conciencia. Un rayo de luz brillantísima que dejó pasar una rendija de ventana, una cortina mal cerrada o una puerta entreabierta, la despertó. Despertó sin traza de soroche, totalmente restablecida por el calor y el sueño. Afuera, los preparativos continuaban, la gente estaba por regresar de la iglesia. En la casa sólo quedaban ella y los sirvientes, los gritos de los hombres armando mesas y tabladillos, las mujeres al borde del fogón agachadas. Isabel, con el vestido de la víspera todo arrugado y el pelo despeinado, daba vueltas al patio, de habitación en habitación, mirándolo todo hasta dar finalmente con la cocina donde sacrificaban a los animales y los preparaban para entrar a la olla. Era maravilloso estar en medio de un torbellino tal de gente y cosas, ansiosamente Isabel esperaba lo que pasaría, lo que estaba por suceder: «es el matrimonio» repetía, «es el matrimonio».

De pronto, las puertas de la casa se abrieron de par en par y un grupo de hombres cargados de instrumentos irrumpió en el patio. Lo más impresionante fue la aparición de una gran cosa en forma de barco, de relucientes cuerdas transparentes y pompones de colores colgados a todo lo largo de su columna. Con dificultad y un bramido apagado se movía el arpa entre los músicos y los demás instrumentos y, como una reina, exigía cuidados y tratos especiales. El grupo se instaló prontamente en un costado del patio y empezó a afinar sus instrumentos. Todo le parecía evolucionar como en un sueño, implacable y a la vez inusitado, como en un teatro que abría sus puertas, cada cual ocupaba su lugar y comenzaba el acto. El único elemento que desentonaba era la mirada de Isabel, admirada y sorprendida, mirada que registra y explica mientras que los demás formaban parte del concierto animado por una mano febril y sabia, omnipotente.

Las mujeres habían acelerado sus actividades sin expandir la circunferencia del movimiento, gestos cortos, pasos cortos pero cada vez más frecuentes, el tiempo se aceleraba como un insecto detenido en el aire que zumba en el halo azul de sus alas: llegaban por fin los invitados, llegaban los recién casados precedidos por los padres, los padrinos y el cura, llegaban los familiares y los amigos.

Una ola de gente inundó el patio, las voces se exclamaban pero también susurraban misterios por venir. En ese momento, la madre, tomándola con suavidad de la mano, la guió hasta la penumbra de la habitación y del baúl de viaje, sacó el vestido de volantes que el padre le había traído de uno de sus viajes a Lima, los botines negros, brillantes y las cintas para el cabello. Luego, con manos suavísimas, la vistió, la endulzó de agua de colonia para después, con la punta de los dedos, empujarla hacia afuera invitándola a unirse, en igualdad, a los demás invitados. Isabel, bruscamente, pasó a formar parte de los actores, reconoció de pronto, entre la gente, a sus primos y se perdió entre ellos celebrando con gritos salvajes su regreso a la paridad.

Los músicos, agotados, se detuvieron un momento para respirar y tomar largos tragos de aguardiente de las botellas que ocultaban tras los instrumentos. Algunos invitados vacilaban ya pegándose a los muros mientras que un grupo de mujeres, tías, primas y amigas rodeaba a la nueva esposa en una esquina, lejos de la animación del baile. Isabel vio a su madre sosteniendo la mano de Carmen. Ésta, acalorada, era algo regordeta, de cabello muy negro y ojos pardos rasgados que, cuando reía, desaparecían en dos líneas oscuras en la cara redonda y sonrosada. Se veía tan distinta con el cabello recogido en un moño, escuchando con atención a cada una de las mujeres que le hablaban todas al mismo tiempo. Las voces bajas musitaban, secreteaban pero los gestos

eran de excitación y de consuelo. Justo en el momento en que Isabel se acercaba para beber algo y para que la madre le atara nuevamente las cintas del cabello, la puerta de doble batiente se abrió con estrépito. La gente adormilada se interesó en la brusca interrupción; los que bailaban seguían dándole al zapateo y al pañuelo a pesar del cansancio, los vapores del alcohol y de la digestión.

Isabel vio entonces entrar al padre y, con el sombrero puesto, acercarse al grupo perfectamente femenino del ángulo del patio. Todas voltearon hacia él y callaron de golpe. En eso, la niña vio al padre tomar casi en vilo a la madre y desaparecer juntos dejando atrás las puertas vibrando en el viento. Sorprendida, como suspendida en el aire, Isabel se quedó esperando con las cintas en la mano y la boca entreabierta. Las mujeres susurraban: «siempre el mismo este Vicente, igual a su padre, chúcaro, claro pues, criado en la puna igualito que un...». Y luego muchas voces, «ni siquiera se molestó en saludar..., vestido de viaje y lleno de polvo, es extraño, no oímos al caballo... y mira, esta pobre criatura desgreada», mientras le ataban las cintas, «la tienen casi abandonada, qué lisura, nunca se ocupan de ella, él se desvive o por el ganado o por la mujer», ...«pero luego desaparece durante meses», musitó la recién casada, las demás voltearon a mirarla: «ya te vas a enterar tú de lo que son los hombres...».

Isabel nunca había visto a su padre tan cerca de la madre, nunca en la misma habitación, nunca al mismo tiempo, cada uno pertenecía a una esfera diferente de su vida, el único lazo de unión era ella. Pero ahora, perdida entre la gente, asustada, como por encanto, había perdido su lugar, las miradas de compasión la despojaban de lo poco que le quedaba. Escuchó su nombre pero era otra Isabel la interpelada y sintió odio, pensó en sus padres y le pareció ver a la madre sobre el caballo bajo el poncho de vicuña del padre.

La tarde avanzaba, la temperatura descendía rápidamente y algunos de los invitados, vencidos por el alcohol, dormían aquí y allá, en el suelo, apoyados en los muros, entre las sombras. De nuevo las mujeres se agitaban calentando el caldo destinado a reanimar los cuerpos y levantar los ánimos, preparando a algunos para el viaje de retomo, incitando a otros a continuar la velada o cubriendo con frazadas un caso desesperado. Grandes peroles coronados de vapores brillaban en la oscuridad a lado de la puerta de la cocina. La sopa, servida junto con pedazos de pan y una copita de anís como bajativo, era nueva savia para los cuerpos expuestos a la helada de la noche, un bálsamo para los excesos de alcohol, comida y baile.

La niña vagaba por la casa iluminada. Agotada, no sabía dónde reposar, su habitación de la mañana estaba ocupada, no encontraba a la madre, todos estaban en lo suyo, casi no notaban su presencia. Finalmente, cayó exhausta en un pedazo de sillón sobre un niño más pequeño que dormía desde temprano. Isabel se cubrió los ojos con el brazo y todo desapareció. Despertó en una cama, grande como la de sus padres, cubierta de colchas y mantas, la sensación viscosa en su costado era una bolsa de agua caliente. Abrió los ojos y vio a la madre, vestida como en la fiesta, algo desencajada, que la miraba aliviada, no se había separado de ella en los tres días que duró la fiebre.

El viaje de regreso fue mucho más agradable. El sol en lo alto calentaba los hombros, la mula trotaba cadenciosamente, no había llovido y el camino estaba en buenas condiciones. Isabel aún débil, cabalgaba atada al animal, la madre iba delante con un sombrero de alas anchas que le ocultaba la frente y los ojos. La niña veía su talle ondular sobre el lomo de la bestia, suave, como si fuera toda de un material acuoso y dúctil. De vez en cuando volteaba a verla y la veía sonreír o quizá sonreírse, inmersa en la esfera de su propia placidez, gozando intensamente del viaje, del viento suave, de la luz del sol y del paisaje, de esa puna parda, tan cercana a las cimas nevadas y a la vez tan terrena, dejando escapar un ligero vaho de humedad y olor a hierbas. Isabel, adormilada, imaginaba al padre surgiendo de la nada, de ese vasto horizonte vacío y deshabitado, rodeado del polvo que levantaba el ganado, solo, se acercaba, pero cuando casi las había alcanzado, desaparecía cegado por la luz fortísima del mediodía. Su madre le obligó a beber a pesar de las náuseas, explicando despacio que su padre estaba de nuevo de viaje, que se iba a Lima y que volvería dentro de tres semanas con una muñeca de biscuit para ella, pero que ahora debía dormir un poco.

Al llegar a la casa, todo se había desvanecido, el malestar, el miedo, el dolor intenso sobre los ojos. Isabel reencontró su habitación, sus cosas, el silencio de las paredes desnudas y el paso imperceptible de las sirvientas de la casa. Su madre se perdió en sus libros y todo retomó su lugar, se reanudaba la espera.

Cuando aprendió a leer, la madre se ocupó de ella durante semanas. De la mano, la llevó a la huerta y le mostró los limoneros, le explicó que venían de España, de la región del Guadalquivir que era un río de allá, que uno de los abuelos había traído las semillas para llevarse con él algo de su tierra. Al fundar la casa, decía, con los primeros cimientos, se acondicionó la tierra ya de por sí fértil del borde del riachuelo. El abuelo, el español del retrato, sembró él mismo los árboles sacando una a una las semillas de una bolsa de piel con adornos de plata que trajo de allá y que contenía además un puñado de tierra de su terruño para fecundar esta nueva tierra y dar vida a limoneros lucientes, fuertes y perfumados. Isabel los observaba con toda su atención, viendo como la luz atravesaba las hojas que suavemente vibraban y respiró fuerte, como lo hacía la madre, absorbiendo el perfume que dejaban escapar al final de la tarde.

La madre le mostró varios libros, algunos con estampas de países lejanos. Le mostró también postales de París, la más bella ciudad del mundo, donde las mujeres más elegantes vivían y en las fotografías pudo ver sombreros de plumas y vestidos que resbalaban dejando ver espaldas rosadas y luminosas. Pasaron así muchas tardes juntas pero Isabel no progresaba tan rápido como ella esperaba y no lograba descifrar todos los libros que le ofrecía. Poco a poco, la madre se cansó y la devolvió a sus juegos de siempre, además había recibido una nueva remesa de libros de la librería francesa de Huaráz. Desde que llegó el paquete, la madre volvió su mirada hacia él y, sentada en el patio, libro en mano, parecía bogar muy lejos. Isabel se quedó a su lado con sus juguetes esperando que regresara a ella para la hora de la cena.

Una vez por mes, iban las dos muy arregladas al almacén de Ticapampa, la mina de los franceses. El viaje se hacía a caballo o a mula y se debía partir muy temprano. Llegaban allá hacia la diez de la mañana. Ticapampa era una ciudad en miniatura, las casas eran pequeñas y regulares, las avenidas, por el contrario, muy anchas y vacías. La gente también era distinta, más alta, colorida, muchos sombreros, faldas estrechas y leves. Su madre iba especialmente a comprar polvos de arroz y su perfume de violeta, plumas para el sombrero o tela para un nuevo vestido. Todo lo que se vendía en el almacén venía de París y costaba caro. Una vez, la madre le compró a Isabel unos guantes de encaje exactos a los de ella. Cuando llegaban, el administrador, que hablaba con un dejo raro, insistía siempre en atenderlas personalmente tratando a la madre con mucha cortesía. Ella le pagaba y, cada vez, el señor se detenía un momento a contemplar las pesadas monedas redondas, admirando los soles de oro sobre la palma de su mano y decía que eran objetos preciosos, tesoros dignos de la Abadía de Saint Denis.

La madre hablaba lo necesario y al dar la espalda para salir, Isabel sentía siempre la mirada del señor fija en ellas.

Durante la cena, el pensamiento se le había escapado de nuevo. Con la cabeza bullente, Isabel regresó a su cuarto, era noche cerrada, no veía nada más allá del círculo de luz del candil y su pie trastabilló, como siempre, en la misma loseta, irregularidad del suelo como por arte de magia inexistente durante el día.

La puerta cedió sin ruido y al entrar Isabel se sorprendió reflejada en la muy pulida madera del mueble armario, la reverberación de la llama revelaba su propia figura temblorosa y, por primera vez, notó que en su dormitorio no había un solo espejo.

Cada movimiento que ejecutaba antes de acostarse, calculado y preciso, la incitaban al sueño mientras una deliciosa sensación de levedad la invadía cuando los pesados vestidos, enaguas y fustes caían junto con las miradas ajenas, cuando dejaba todo deslizar hacia el negro fondo. Sus pulmones absorbían hasta explotar el aire punzante de la noche fría y hasta le vino la loca idea de abrir la ventana para contemplar la luna llena. Cansancio, ebriedad del sueño, imágenes que atacaban su conciencia indefensa, Isabel se sentó en la cama dejando sus pies balancear en el vacío. Afuera, cada cosa, cada ruido eran presencias que ahogaban la suya, era mentira que en la habitación estuviera a salvo, dormían aquí tantos objetos acumulados que alguna vez vieron a su madre o a su tía, o a la madre de su madre, allí mismo, donde Isabel estaba sentada. Asustada, se precipitó bajo la ropa de cama, tratando de calmar su corazón. Las sábanas que usaba habían pertenecido al ajuar de la madre y al cubrirse el rostro, rozó con la barbilla el bordado iridiscente, «cómo brilla», pensó, «debe ser la luna», y el tacto suave y leve de la tela le recordó las manos de la madre al peinarla y una gran herida caliente se abrió en su pecho.

La muerte ocurrió hacia el final del día. Isabel acababa de regresar de la escuela cuando la hicieron entrar en la habitación de la madre, algo que hasta ayer le estaba formalmente prohibido. Cuando la vio, después de tres semanas de guardar cama, le pareció tener delante a una sombra, un algo sin peso, casi sin color. Nadie habló, todo estaba muy limpio y olía a agua jabonosa, pero los lienzos bordados que antes se exhibían sobre la cómoda habían desaparecido. Isabel buscaba desesperadamente una explicación pero nada preguntó. Una mano la empujó con suavidad hasta la cama, la enorme cama que ahogaba la figura de la enferma y la madre murmuró moviendo apenas los labios: «Isabel, hijita, no olvides leer el libro que te mostré...» e hizo un gesto casi imperceptible con los dedos. Luego, la sacaron de allí. Esperó largas horas en su cuarto sentada sobre la cama hasta que, sin darse cuenta, se quedó dormida. Como esa

noche, sus pies que colgaban le parecieron lejanos y ajenos, similares por contigüidad al fondo oscuro, al piso donde no se distinguía siquiera la alfombrita con diseño de rosas y hojas entrelazadas que alguna de sus abuelas tejiera. Isabel miraba sus pies y estaba tan cansada y tenía tanto miedo que no se atrevía a agacharse y desatar sus botines. Y los dejó allí, colgando sobre el abismo. Al despertar, seguían exactamente iguales, negros, lustrosos, amarrados a los extremos de sus piernas.

Hacía tanto tiempo que no pensaba en ella, en su muerte o en los regresos del padre. Había logrado, gracias a una fuerte disciplina personal, no pensar en ello logrando así liberarse de la espera para poder vivir día a día, entre los placeres de la lectura y de la conversación con Francisca. El pueblo mismo y sus historias, la gente de carne y hueso, el sudor y el ruido quedaban fuera. Y, cuando el padre pasaba por la casa, ya no lo esperaba en el zaguán ni ansiaba ir a montar con él, salía a saludarlo sólo hacia el final del día, cuando sabía que no tardaría en ir al billar y después le oía llegar a las nueve en punto de la noche, caminando a oscuras, con instinto de puma, hacia la habitación vacía.

Las sábanas bordadas, demasiado anchas para su cama, flotaban en los bordes y en ellas se envolvió entera para, aspirando con ansias su olor a eucalipto, poder por fin conquistar el sueño, con la cabeza pesada, pesada de su sangre revuelta y de tanto recuerdo inoportuno.

Amaneció el lunes. Isabel, sentada en el patio, recibía maravillada el sol sobre los hombros. No era común que en esta época del año, a esas horas, el sol calentara tanto, endulzando el aire cortante de la sierra. El paso de la noche, como siempre, le devolvía la serenidad, espantaba los fantasmas, borraba el rastro de las tantas cosas por olvidar. Renacida, el calor trepándole desde las lajas del patio por las piernas, deseó, como antes, recorrer el camino estrecho que llevaba de Recuay a la chacra de Salinas. Aquella era la propiedad que su padre conservaba más preciosamente, era considerada una joya por su buena tierra, tan fértil, por la abundancia de agua, la dulzura del clima y por su cercanía a Recuay. Cuando quedaba menos de un kilómetro por recorrer, el camino se doblaba en un recodo muy cerrado, allí, desde donde se avistaba por primera vez la redonda loma de Salinas en el horizonte, la vegetación espesa y verdécisima anunciaba la riqueza del lugar. Allí, a Isabel no le parecía estar en la sierra, tan cerca de la puna sino más bien en uno de esos vallecitos cálidos y hondos como los hay en la costa del país. El verdor de la loma deslumbraba mientras, invisibles, la recorrían y entrecruzaban acequias de agua transparente. Muchas veces Isabel, al ir paseando o



jugando, terminó con los pies plantados en el medio del agua, viéndose después obligada a ponerlos, junto con los zapatos y las medias, a secar sobre una piedra plana.

Quizá fue la dulzura de la mañana la que trajo consigo el súbito deseo de salir, de ver la inmensidad del campo, las rocas asomadas al abismo, la tierra roja y parda de las montañas. Como si la agitación nocturna continuara en ella, Isabel pasaba de la sucesión loca de imágenes a la fiebre del movimiento, a las ganas de estirar los músculos bajo el sol y no de retraerlos en el asiento, en la lectura. Si su padre estuviera en casa, hubiera podido llevarla a montar por las cercanías pero hacía buen tiempo que parecía evitar la casa de Recuay. Muy de vez en cuando, llegaban noticias de él por boca de amigos y familiares que contaban que había estado muy cerca, en casa de sus padres o en Huaráz y que había seguido su camino sin pasar por Recuay. Cuando oía por ahí esas historias o cuando se las contaban, Isabel, sin poder evitarlo, se ponía roja de vergüenza y turbación, como si de ella se tratara, como si adivinara lo que pasaba por sus mentes, lo que siempre habían dicho de él, que no se ocupaba de ella, que no la quiso nunca, que después de la muerte de Aurora ya no le interesaba nada, ni velar sobre su casa, sus tierras o su hija.

Después del velatorio de la madre (que duró dos días y medio) y del entierro en el cementerio antiguo que quedaba arriba de Recuay, suspendido en la quebrada, expuesto a vientos y a heladas y que ella misma designó antes de morir, las dos familias seguían buscando al padre para darle la noticia. Se asumió luego, ya que él no se explicó nunca, que se hallaba, justo en esos días, en plena ruta, en medio de la llamada Pampa de Medio Mundo, enorme y desértica, temida por los viajeros a causa de la neblina y los bandidos. La pampa unía la capital con los valles del norte por donde se debía hacer un bucle para alcanzar, sin afrontar subidas demasiado empinadas con los animales cargados, los pueblos de la Sierra Central. Allí, lo imaginaba siempre Isabel, bajo un cielo vasto y cubierto de signos, con el sombrero sobre los ojos, envuelto en su poncho, la nariz y la boca protegidas del polvo, en medio del mar agitado y doméstico de las bestias arreadas, a pesar de ellas, al matadero. Algo así era su vida, o lo que ella difícilmente podía entender de ella, una vida soñada, un marinero entre dos puertos, un pastor entre dos cumbres, rumiando en la soledad y el silencio recuerdos, penas o deseos que se hacían humo cuando, a la vuelta del camino, se avistaba el próximo poblado. Alguna vez, se preguntaba, si en algún momento, en aquellos valles de nombres musicales como Pachacamac, Tacama o Sechura, junto al ruido de las olas y el sabor salino del viento, ese hombre tan distante habría tenido un pensamiento para ella, Isabel,

última piedra de esa gran rodada que era su vida. No se hacía ilusiones, debía tener hermanos o hermanas repartidos por el mundo que siempre le estarían vedados, pero era ella la única nacida de Aurora y ello lo cambiaba todo.

El día del regreso de Vicente quedó bautizado en Recuay como «el día de suerte de Poncino». No hubo señal alguna, no era un día excepcional, se habían calmado ya las expresiones estentóreas de pena por una mujer que, para casi todos, era o excéntrica o demasiado pretenciosa. Pero el llanto y el duelo, las veladas y el arreglo del cadáver, todos los rituales funerarios se realizaban, no tanto por el fallecido, como en búsqueda de una suerte de bálsamo contra la angustia general, contra el pavor que en cada uno despertaba la muerte. La muerte, esa presencia repentina, volvía a manifestar su poder, esa todopoderosa mirada que alcanzaba hasta el último rincón del planeta; por ello, el recogimiento manifestado ante la muerte de Aurora era el empeño de la humanidad entera por refrenarla. La madre era tan sólo uno de ellos, viva y frágil como el polvo que levanta el viento y que se dispersaba en él, acompañarla, ayudarla era conjurar momentáneamente la consabida lección: la vida es pasaje, valle de lágrimas, la vida es sólo vanidad, vanidad de vanidades.

Pero, apenas terminada la fiesta funeraria, se olvidaban la lección y la amenaza de la muerte y la vida volvía a instalar su imperio fantasmagórico de apariencias. Esa tarde, Poncino había llegado de no se sabe dónde y vagaba por el pueblo, cantando a viva voz, zigzagueando, instalándose frente al billar, hablando en su media lengua de las grandezas de Atahualpa. Nadie lo botaba pues terminaba yéndose por su propia voluntad después de algunos días, y nunca estaba cuando el padre Anselmo pasaba por Recuay para officiar misa y escuchar confesiones. El enfrentamiento entre el cura y el loco no eran tanto en materia de religión como sí de historia. El cura no podía concebir que antes de la llegada de los españoles los indios vivieran en la abundancia, sin sufrir de hambre, pudiendo siempre abastecerse en los enormes reservorios de comida pertenecientes al Estado Inca. El padre Anselmo, como buen español, consideraba que España, pródiga, había traído la verdadera fe y la civilización al Perú, entendiéndolo por ello más que el bienestar material de los individuos, la salvación de las almas en el más allá. Los enfrenamientos no eran frecuentes pues, no se sabe tampoco cómo, Poncino lograba adivinar la llegada del cura y no reaparecía hasta su partida.

En ese fin de tarde se oyó el ruido familiar del caballo de Vicente acercándose a la plaza. Muchos de los que estaban en el billar recuerdan la escena pues de inmediato la curiosidad los sacó de adentro. Cuando Vicente desmontó del caballo, nadie se

atrevió a acercarse. Todos sabían, por ser costumbre de años, desde que Aurora regresó de manera definitiva de Huaráz, que no se detendría a saludar a nadie, que no entraría a tomar una copa hasta después de la cena, que ésta se la serviría ella de sus manos y que ella no comería, que lo miraría comer, que después él se levantaría para ir al billar y regresaría a las nueve de la noche a pesar de que a esa hora las partidas empezaban realmente a ponerse interesantes, que nadie podría retenerlo, que regresaría a su casa y que luego empezarían los chismes de los vecinos... Tal es la fuerza de la costumbre que todos esperaron ver salir a la madre, impasible como siempre, saludando de una inclinación de cabeza para luego desaparecer tras el paso de su marido. Pero nada sucedió. El silencio era materia líquida, hirviente. Él esperó durante un segundo en el umbral y luego entró sin voltear el rostro. El tiempo que estuvo dentro no puede precisarse, se desgranó lento como un rosario entre los dedos de un anciano. Vicente salió de la casa, se dirigió al caballo que no se había movido del sitio y descolgó de la montura una caja larga y chata que nadie había notado hasta entonces, perplejos como estaban por el ritmo de los acontecimientos.

Vicente abrió la caja y rápidamente armó un aparato de dos ruedas en metal negro. Cuando casi había terminado, Poncino salió del fondo del billar, nadie tuvo tiempo de sujetarlo, y corrió feliz hacia Vicente gritando «¡Un velocípedo, un velocípedo!» y, en un santiamén, trepó en él y dio varias vueltas a la plaza en un alborozo de español y quechua, hablando de inventos y de la inminencia de viajes por el aire, de los misterios enterrados en las huacas y de los árboles de oro que Atahualpa robó a los cuzqueños... Vicente fijó en él una mirada comprensiva y dicen que murmuró: «que le aproveche». Por ello, todos en el pueblo consideraron que el artefacto pertenecía legalmente a Poncino y que, aunque estuviese loco, no se le podía confiscar. Luego, al parecer, el padre subió al caballo y no volvió hasta varios meses después.

Isabel no supo de esto hasta varios años después. Logró, a duras penas, reconstruir la escena tomando, de las diferentes versiones, las cosas en común y las más plausibles, intentando siempre, con cada interlocutor, no demostrar demasiada curiosidad o interés, como si ya supiera y escuchara por pura cortesía, o como si, detentora de una verdad muy superior a la de ellos, se resignara a oír verdades a medias. A pesar de ello, estaba convencida de no haber reflexionado en exceso sobre el asunto, de haber aceptado con humildad los hechos, cada uno individual, desatado de los otros, sin buscar conexiones, como una sorpresa más de la vida, esa cosa incomprensible e imperfecta que es la vida. Pero esta mañana, al explayar su pensamiento completo, cayó

en cuenta de que sí había procesado todo, de que no se había resignado a hechos volátiles e inexplicados, que había querido reconstruir una historia que, de seguro, era tan falsa como la repetida por los demás habitantes del pueblo.

Qué sensación de asfixia de repente, tenía que escapar, la casa entera le hablaba, la interpelaba, la jalaba de las piernas para que permaneciera entre sus cuatro paredes, dando con su mirada vida a los jarrones, retratos y vajillas, para que a su paso floreciera, entre las rendijas de las lajas, un musgo tierno y minúsculo y se abrieran las ventanas para que la luz invadiera los corredores, las habitaciones abarrotadas, la cocina hirviente, los patios y la huerta. El peso de la enorme carcasa le caía sobre los hombros, la abrumaba y resolvió, contra su costumbre, salir, ir a visitar a las primas Moreno. Olvidar.

Isabel caminaba por las calles de tierra apisonada, firme bajo sus pies. No había ni gota de viento y el sol había amalgamado la superficie reluciente como un zócalo de piedra gris. Aquello era una verdadera bendición. En época de lluvias, no se podía dar un paso en medio del gran lodazal que retrocedía Recuay a un estadio anterior, a lo que el lugar fue antes de su fundación, antes del español, antes del indio.

Isabel caminaba ligera, ligera y feliz de sentir sus músculos responder al esfuerzo requerido, avanzando, más allá, sin fronteras, sin muros. Y, como lo hacía su madre, respiraba fuerte y cada olor despertaba su placer, el vapor que resumían los adobes de las casas, y al doblar la esquina, el perfume de sus propios limoneros que la alcanzaba por la estrecha callejuela, un poco más allá el forraje fresco de los caballos alineado en la calle y sobre todo la montaña, con sus miles de fragancias portadas por la brisa que lo impregnaban todo.

La tía Nélide vivía a la salida del pueblo, en una casa grande y nueva con pretensiones de casona. Al avistarla, la asaltó la vergüenza de venir sin anunciarse, el temor de lo que pasaría, de lo que no sabía y esa lasitud anunciadora del cansancio que la agobiaría al final de la visita, cuando quisiera irse y no la dejaran hasta el último momento y luego, el regreso y las cavilaciones que interferirían su calma habitual. Isabel se detuvo en la entrada y la puerta le pareció hostil, demasiado alta y ancha para acogerla, para permitirle el paso. Tocó varias veces pero el espesor del portón atenuaba todo ruido de adentro, y esperó pensando que aún podía escapar cuando la puerta entreabrió su filo y asomó la cabeza una de las ahijadas de su tía. La joven, sorprendida, murmuró un «Niña Isabel...» alargado, tan dulce que logró calentar el corazón de Isabel, era su mismo nombre español pero maternal, bañado en las tonalidades del quechua. La

tía Nérida surgió de atrás, agitada, las mejillas coloradas, el pecho desbordante contenido en un corset estrecho que felizmente se ampliaba al llegar a la falda para permitir su paso ágil. La tía la abrazó repetidas veces, la besó agradeciendo a Dios que haya venido y solita, sin haber tenido que invitarla, como siempre, repetidas veces para que al final se negara pretendiendo no se qué malestar. Isabel, por su lado, la veía hablar como lo hacían sus primas, sin dejar un vacío de silencio para las respuestas y se dejó llevar, consolada por ese río de palabras, de fórmulas, de interjecciones e invocaciones (a las que se oponía firmemente Francisca), hacia el puerto seguro que era esta casa siempre llena de gente, de cotorreos, de comida y dulces sabrosos. En un dos por tres, fue llevada al salón donde se instaló con su tía mientras que la muchachita corría a avisar a las señoritas.

Mirar a su tía era entrever el rostro de su padre, los mismos ojos, sus rasgos adivinados en la redondez de las mejillas, suavizados por la expresión franca y abierta, por la confianza de la sonrisa y la altisonancia de la voz. Los ojos eran los mismos, tan brillantes, con esa luz reposando al fondo, luz como surgida del fondo de una copa, castaños o quizá aclarados sólo por el contraste con las pestañas, las cejas y el cabello tan negros. La mirada de su tía no descansaba, de arriba a abajo, parecía reconocer en ella partes, recuerdos, lazos con su propia vida, personas, acontecimientos de los que Isabel era el producto o a quienes evocaba en sus gestos, formas, maneras. Entonces, la tía calló por un segundo y el silencio las sorprendió a ambas, solas, frente a frente, en ese salón siempre lleno de gente, de voces. La irrupción de las primas disipó el velo mágico, la ligera bruma que entre las dos flotaba uniéndolas en un mutuo impulso de raíces antiguas, de profundidades que les eran propias y a la vez de todos, los vivos y los muertos.

«Pero primita, qué milagro es éste... ¡Justo hablábamos de ti! Pero no pongas esa cara Isabel, parece que hubieras visto a un fantasma, felizmente estamos aquí para distraerte, para hacerte compañía, prima. No puedes seguir tan encerrada, ya no tienes doce años, sí, ya es toda una mujercita —anotó la tía— ...y muy bonita, acaso no has visto los ojos que tienes, típicos de las Moreno, almendrados y de pestañas espesas. Y encima los tiene verdes la bandida. Si salieras más a la calle o a casa de amigas, o a la retreta, verías que encontrar un marido no es un misterio, sería fácil para ti. Bueno niñas, basta de hablar de matrimonio todo el tiempo. Pero, ¡de qué más se puede hablar! —reían—. Hablamos de otras cosas con la tía Francisca. Está bien, muy bien pero una vez por semana basta. Yo creo que Isabel podría hablar de religión todo el tiempo... no

digas eso, qué mala eres, la vas a ofender, ¿no es cierto, Isabelita, que te gusta hablar de otras cosas a pesar de tener siempre esos libros viejos bajo el brazo? Oigan, de repente Ichicha encontró los libros franceses de su mamá y por ello no se aburre de estar encerrada... Pero qué dices, cabeza loca, no hables así de tu prima ni de tu difunta tía. Aurora era una mujer decente y de su casa...».

Las risas estrelladas de las tres primas acabaron de sofocar a Isabel. Siempre el mismo tema, de una manera o de otra, como si de ese continuo preguntar, surgiría algo, la memoria de la sangre hablaría e Isabel develaría por fin los misterios de la vida de sus padres.

«Y, ¿a qué se debe el milagro?... yo que tú me volvería loca, encerrada todo el tiempo y sin nadie con quien hablar... ¿Tú, sin hablar? No te imagino, ni muerta que estuvieras, ¡y tú qué hablas! Calma —cortó la tía—, si siguen así la van a espantar para siempre. ¿Quieres una agüita de manzana, hijita... o un licorcito? —terminaron las primas a coro—. Eso ni hablar, ustedes son aún muy jóvenes. Pero Isabel tiene veinte años, pero no desea, ¿verdad hijita? Bueno, tomarán todas una agüita y yo una cremita de guindas».

«Ahora que se fue mamá, ¿adivina quién pasó por aquí muy tempranito? A que no adivinas... El tío Vicente». Silencio. Las primas se miraron espantadas. «¿Por qué se lo dijiste?, pero tú me obligaste, mira la cara que ha puesto. Pero Isabel, ya pasará por casa, lo que sucede es que lo esperaban allá en la puna unos pastores que le quieren hacer un juicio o algo así. Hasta la Guardia Civil está en el asunto. Mira, era tan grave que no pudo entrar al pueblo pero nos dejó un paquete para ti...».

«¿Qué sucede niñas?, ¿por qué tienen esas caras de conspiradoras?, van a dejar de molestar a Isabel, qué lisura, son una verdadera peste, si siguen así las regreso al internado. Toma hijita, bebe un poco, refréscate, ya sabes cómo son tus primas, pero no lo hacen con mala intención, Francisca es la única que logra tenerlas quietas. Les digo siempre a todas, a los hombres no les gustan las mujeres revoltosas y cotorras, desconfían, recuerden lo que les digo: una mujer en su casa, con su marido, nada de secretos a voces ni gritos en público. Una mujer debe ser púdica, andar despacio, mirar con resignación y no levantar la voz. Las mujeres deben parecer enfermas, ¿no mamá? No se dice enfermas, se dice lánguidas. Así, vean, como Isabelita. ¡Qué aire de dulzura y gracia natural tiene esta niña!, me recuerda tanto a la difunta. Pero no deberías enterrarte en esa casona vacía hijita, en ello tienen razón estas alocadas, no es sano. Sigue viniendo a casa, ésta es tu casa. Tu mamá siempre venía a verme, yo era la única

a la que visitaba con cierta regularidad y se sentaba allí, donde tú estás ahora, silenciosa y me miraba y me escuchaba. Creo que le gustaba toda esta agitación a su alrededor aunque no comprendiera mucho el porqué. De vez en cuando todos necesitamos de la bulla y el movimiento... de los demás. Cuando tú eras pequeña te quedabas mucho aquí, tu papá te dejaba, era cuando Aurora estaba de reposo en Huaráz. Jugabas con tus primas, aunque eran más tiernas, pero a esa edad no importa, ya sabes, los niños se entienden entre sí. Por ello siempre te consideré un poco como mi hija, sabes, luego regresó Aurorita y como que a partir de ese momento se encerraron. Mi hermano Vicente es un poco especial pero tiene un gran corazón hijita, él quería que su familia lo esperara en casa, ya sabes, por su trabajo viaja mucho. Lo de Aurora era quizá para no darle motivos, tú sabes cómo son los hombres. Pero en casa tenían el precioso huerto del abuelo y tu mamá sus libros, yo creo que era feliz así, nunca fue como las demás.

Vicente tampoco se parece a mis otros hermanos. Siempre fue un chúcaro, como que lo criaron las indias allá en la puna... a todos les extrañó que se casara con una joven tan refinada. Sabes, hasta aquí llegaban voces de la inteligencia de Aurorita, de lo buena lectora que era, siempre con uno o varios libros a la vez. Su mamá, tu abuela, la llevaba consigo de visita para que recitara versos en francés. Todos la aplaudían. Era la gracia de la sociedad de Huaráz. Y luego, mi hermano la trajo aquí. Pobrecita, debe haber sufrido... ¡ah! pero luego trasladó a Recuay toda su biblioteca. ¿Qué habrá sido de todos esos libros?... Pero que habladora mamá y luego te quejas de nosotras. Bueno, bueno, voy a ver lo del almuerzo, ocúpense bien de Isabelita y no la molesten».

«Pero, ¡qué maliciosa eres!, te digo que es cierto, todo el mundo dice que cuando de amor se trata, no hay como la historia de tío Vicente y tía Aurora. Yo no puedo imaginar a mi madre enamorada, ni yo, y menos aún a mi padre, él que es tan gruñón. El amor es antes de casarse, luego se vuelve amistad, y además están los hijos... ¿Qué quieres decir?, que si hacen hijos es porque... Chut, calla, mamá nos va a oír, pero si está en la cocina, nunca se sabe. Yo no sé, todo eso me asusta. ¿Tú qué piensas Isabelita?, tú que eres más madura, ¿te dan miedo los hombres?... A ella no le interesa eso, no le preguntes, además hay cosas que nunca se saben antes y que si las sabes te las guardas para ti. A mí, del pueblo, no me gusta nadie, deberíamos ir más seguido a Huaráz, allá hay jóvenes que van a estudiar a Lima, oficiales del ejército o guardias civiles con uniforme azul como el que vimos una vez allá, en la plaza. Pero, si ni siquiera nos miró. Porque éramos una niñas, ahora es distinto... —y se miraron picaras, estallaron las risas y nuevamente la tía se acercó al salón—, ¿de qué hablan niñas?, por

favor sean educadas, no quiero que Isabelita se lleve una mala impresión, ustedes son unas jovencitas educadas. Bueno, el almuerzo está listo, ya son casi las doce y tu tío no tarda en llegar, ¿por qué no me ayudan a poner al mesa?».

«Hijita, ¿has visto cómo tu tío se presenta con diez personas más a almorzar? Gracias a Dios no nos falta nada y donde comen dos comen tres, debo confesarte que me agrada tener gente en la casa, da vida. Por si acaso, siempre hago más de comer, siempre hay bocas que alimentar, y además están mis pobres que pasan como a las cinco. Bueno hijita, aprovecho que te acompaño a la puerta para hablar un poco aparte contigo. Mira Isabel, no es por molestarte, no quiero que te preocupes, pero esta mañana tu papá pasó y me dejó un paquete para ti. No pudo entrar al pueblo, al parecer tiene problemas con los indios allá en la puna, ay estos indios siempre tan lisos y con la cara de pánfilos que tienen. Pero preguntó por ti, deseaba que te fuera a ver, que me ocupara un poco de ti. Ya sabes, estás en una edad complicada, todo era más sencillo para él cuando eras una niña... Hubiera pasado a verte pero estaba muy apurado, aquí se quedó creo que media hora o menos, ni me aceptó un café y eso que no había desayunado. Entró con el caballo casi hasta la cocina llamando a voces, me habló, preguntó por ti, me dijo que no podría quedarse y luego me dio el paquete. Al parecer son cosas que trajo de Huaráz, no lo sé, pensaba enviártelo esta tarde pero con tanta confusión... No te inquietes, lo mando con el Juan mañana temprano. Hijita, mírame, debes comprender, yo no le estoy pidiendo cuentas, y a ti menos que a nadie. Para él, la casa, el pueblo entero... No sé si sabes que Vicente sólo aceptó venir a vivir aquí cuando se casó. Siempre prefirió el campo, la puna, el cielo abierto. Ya regresará, Isabel, dijo que pronto regresaría».

Isabel salió de la casa de su tía como alma que lleva el diablo, con ganas de correr, de olvidar en el viento de la tarde todo el barullo y las impresiones mil que se agolpaban en su cabeza. Las calles, a esa hora desiertas, le aliviaron el corazón por su misma desnudez, la luz hacía de las casas simples volúmenes recortados en la piedra de la montaña. Y enrumbando hacia la plaza sintió nuevamente la atracción de ese horizonte que se extendía a sus espaldas hacia el infinito, más allá de la propiedad de sus tíos, más allá de todo y, por un segundo, deseó confundirse con la luz de la tarde enrojecida y húmeda que bañaba la tierra, bajo el sol y dentro del viento.



Dicen que, cuando caminaba por las calles, muchos asomaban por entre los cortinajes para verla pasar, aquello era todo un acontecimiento. Un aura fantástica acompañaba su paso ágil, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, las manos libres. Dicen que parecía caminar contra el viento, el cuerpo recogido, las mejillas rojas, los ojos entrecerrados, llena de la fuerza contenida que nace de enfrentar la corriente, de oponerse a las leyes de la física o de la metafísica en ese mundo que no era el suyo. Lucha o agonía que sólo se percibía en su caminar pues ninguna palabra, acto ni gesto la revelaban. El sol de tarde relumbraba con mayor brío sobre las montañas justo antes de desaparecer. Dicen que llevaba el cabello negro partido en dos por una línea blanquísima y recta mientras que su aire grave y fatigado infundía en algunos corazones sueños que nunca recorrerían el camino hasta el suyo. Sin embargo, el pensamiento que animaba esa cabeza era un torrente loco, la visita del padre, su propia salida, y el paquete, la caja misteriosa que parecía contener todas las respuestas y que sólo abriría mañana. Debería haber dicho algo para reclamarla, pero ello habría sido demasiado, como desplazar una ficha en el tablero, un movimiento contra lo establecido por su tía, por los otros, por Dios. No podía demostrar voluntad alguna, cualquiera que fuese el objeto o el motivo, pasión, ansiedad, posesión, aquello era obsceno, ridículo y vulgar, prueba flagrante de la imperfección del mundo. Los acontecimientos debían ser únicamente recibidos con humildad, con resignación, todo debía llegar hasta ella acabado, completo, decidido por una fuerza inmensa, necesaria, intemporal. Aceptar, a pesar de la ausencia, de la inconstancia, a pesar de las diferencias que habrían una brecha insalvable entre ella y el resto, entre cada palabra de sus primas impregnada de frivolidad, de inconsciencia y cada una de las suyas, medida, calculada o acallada por el temor y la furia de saberse bajo la mirada inclemente de todos. Todos aquellos para quienes ella era sólo la llave de un misterio que fascinaba y cuya revelación daría paso a la indiferencia.

Isabel caminaba encerrada en las tinieblas de su pensamiento y en los recuerdos dispuestos, ocultos, deformados por manos incesantes, transparentes, donde todo era mutable, desproporcionado, angustioso e indecible. La confusión se sumaba al malestar del cuerpo, al cansancio, los pies pesados, los ojos que parpadeaban irritados por la fuerte luz del poniente magnificada por la nieve de las cumbres. Ya cerca de la plaza, le asaltó la angustia de nunca llegar, de nunca descansar, encerrada en su habitación, lejos del color y la palabra, fuera de la sucesión de acontecimientos de que la vida estaba hecha. Descansar, enroscarse dentro del calor de su propio cuerpo, respirar

pausadamente, abandonarse por fin al sueño, paréntesis entre la luz del atardecer y la de la mañana, el día con su limitada provisión de regalos y venenos.

Isabel entró precipitadamente a la casa, las sirvientas miraron sorprendidas su rostro pálido, «No cenaré esta noche», murmuró. Todos sabían que salir, a la señorita, le hacía más mal que bien, que debería quizá retirarse del mundo que tanto la dañaba. Isabel entró en el primer patio, la oscuridad lo había invadido, no se distinguía ya el mosaico de piedras negras y blancas pero, a pesar de ello, se detuvo un momento junto al banco de piedra donde su madre solía tomar el sol de la tarde, tenía el pecho agitado pues hacia el final del trayecto se había puesto a correr. Correr, qué locura, felizmente a esa hora no había nadie en las calles, corría sintiendo vibrar el aire en los oídos, la larga falda arrastrándose sobre la tierra que se levantaba a su paso; corría como cuando era niña para refugiarse en el regazo de su madre, las raras veces en las que el miedo podía más que el respeto o en que el dolor de una caída borraba todos los límites. Cómo podía pensar alguien que la casa de su tía estaba más conforme a la normalidad.

Para Isabel, el patio silencioso, la casa a punto de caer en el sueño, la placidez de su habitación eran la más perfecta forma que conocía de felicidad. En casa de su tía habían sido muy gentiles con ella pero siempre tratándola con pinzas, había algo en ella que provocaba esa reacción en las personas, no, no era como todos, mejor era ir resignándose, a pesar de lo que decía tía Francisca, algo no encajaba tanto en ella como en su madre, por ello las dificultades, los desequilibrios, las dudas. Las formas se desdibujaban rápidamente, su mirada distinguía apenas la línea fronteriza entre el techo de calaminas y el cielo, las estrellas se abrían una a una, por la puerta de la cocina entreabierta se escapaba el resplandor del fogón y las voces agudas de las sirvientas conversando animadamente en quechua. Isabel, hundida en la sombra, se apartaba cada vez más de la vida común, temía tanto a las personas, ignoraba lo que pasaba por sus cabezas, siempre expuesta, desnuda, cada palabra que saca de su boca era un indicio, su interlocutor acabaría adivinando, develando su secreto, sus dudas.

¿Cómo habría sido la madre en la época en que vivía en Huaráz, antes de encontrar al padre? Nunca antes se lo había preguntado. Quizá la tía Francisca podría contarle, ambas pertenecían a la misma familia, eran primas, casi de la misma edad y Francisca vivió en Huaráz hasta el matrimonio de la madre cuando se fue a Lima a seguir sus estudios de profesora. Ella podría contarle, ¿por qué nunca le había preguntado?, como si, en su cabeza, Francisca existiera sólo desde que la encontró hace dos años. Isabel se preguntaba también, como todos en el pueblo, por qué Francisca habría decidido instalarse aquí siendo de Huaráz, habiendo conocido la capital, qué buscaba aquí, entre su casa llena de los recuerdos de familia y la iglesia donde impartía cursos gratuitos de gramática, ciencias e historia. Isabel nunca la había visitado, era siempre tía Francisca quien venía a verla. Desde hacía dos años, conversaban, a veces, callaban y una perfecta identidad nacía entre ambas. Con el tiempo, Isabel ya no podía prescindir de esas visitas, se reservaba para ellas, su pudor se evaporaba en su compañía y, aunque jamás hablaron de la familia, en el fondo, era ese el mutuo interés que alimentaba su tiempo compartido, única conversación posible entre ellas.

Hace dos años, nadie pensó seriamente que Francisca se quedaría ni que lograría hacer una vida en Recuay. Todos conocían más o menos algo de su vida, había venido algunas veces a visitar a Aurora, había sido su única huésped. Francisca era un poco más joven que su prima pero estuvieron muy unidas hasta su matrimonio con Vicente. Muy joven, Francisca declaró que no tenía interés en casarse, rechazó uno o dos pretendientes y la firmeza de esta resolución, sin relación alguna con la moral ni con la religión, extrañó a sus padres y a toda la familia. Francisca se fue a Lima a estudiar y regresó cuando Isabel tenía unos cuatro o cinco años. Ella no recordaba haberla visto en casa o con la madre, al parecer, ambas se encerraban horas a leer o a conversar y la niña no compartía esas actividades. Pensando en esa estrecha amistad, Isabel sintió un respingo en su interior, un extraño fastidio. ¿Qué sentimiento era éste? Isabel intentó espantarlo levantándose bruscamente y, al hacerlo, se dio cuenta de que su cuerpo estaba aterido de frío y corrió a refugiarse en su habitación sin siquiera encender una lámpara. Debía contarle a Francisca lo que estaba pasando, la visita a su tía Nélica, la caja que pertenecía a su madre, sus sentimientos contradictorios, quizá hablar de su madre con ella, de su vida anterior, de Huaráz, de su amistad. Pero Francisca no vendría hasta el viernes, ¿qué hacer, se preguntaba Isabel ya acostada, ir a verla, volver a salir, debía abrir la caja o esperar el consejo de su tía? La voluntad de su padre era que ella

poseyera esos objetos, que entendiera algo, que heredara su pasado, ¿cuál era su intención al dejarle sus recuerdos entre las manos?



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en

[www.editorialfoc.me](http://www.editorialfoc.me)